

Querida hermana:

No empezaré disimulando: como preveías, he recibido la noticia sobre tu propósito de divorciarte con alarma. De este absurdo proyecto tuyo lo único que parece sensato es la idea de buscarte una vía de escape concreta cuando te decidas a salir de casa de Joan-Marc. Te complace tanto la imagen que proyecta el plan que te olvidas de emprender las acciones prácticas más inmediatas. Me figuro que ni siquiera –quiero dar por seguro que lo de convertirme en mi concuñada no es más que una ocurrencia– has evaluado las dificultades. En caso de que ya no haya vuelta atrás, te recomiendo que encauces cuanto antes la nebulosa fantasía de *otro hombre* en un varón concreto.

Tampoco quiero interrumpir el trazo de tu felicidad, eres tú la que me pides consejo, así que ahí lo tienes: quédate en la aburrida casa de tu marido y búscate el nervio de la vida, el estímulo afectivo y sexual, fuera de esas habitaciones. La gente se arregla bien así, sin necesidad de recurrir a los escándalos y a las fugas.

Si de verdad estuvieses enamorada de *otro* no tendrías que echar mano de estos quiebros retóricos para largarte. Me temo que aquí no hay ningún Indiana Jones a la vuelta de la esquina ni más garantía de que lo vayas a encontrar ahora que hace cinco años cuando escogiste con tan poco tino a la persona con la que ibas a encarnar la mejor decisión que nunca has tomado: casarte. Después de media docena de conversaciones –infructuosas– para convencerte de lo inadecuado de ese sujeto, no pretendo convertirme ahora en su defensor. Diluyamos sus características personales en el papel de marido. Si se trata de tu matrimonio, lo importante es que te procura estabilidad, orden, una posición definida, tranquilidad, acota tu tendencia a la dispersión. La institución lo hace casi todo por él, y te beneficia.

La trampa de la aritmética vital es que el saldo nunca es cero, siempre queda un remanente de desilusión. No es sensato esperar, qué se yo: una fiesta continua, sentirse a cada minuto agradecido por quedarse en el mismo sitio. Si te libras de ese idealismo in-

fantil que te desenfoca la mirada quizás tú también alcanzarías a ver que lo que te propones es volver a salir, más desencantada, al caos y a la agitación de antes. A la caza y al tatami. Ya sé que existen casos de readaptaciones en edad avanzada, pero sólo los incautos se encomiendan a la guía benéfica del azar.

¿Y si reconsideras con prudencia lo que pretendes en el contexto de lo que ya has logrado? ¿Qué esperas ahora? ¿Quieres tener hijos y una confortable vida familiar? ¿Quieres vivir en Londres y seguir viéndote con muchachitas? ¿Quieres un trabajo de ocho horas? ¿Quieres ocupar un estudio, vivir rodeada de gente? ¿Escribir? ¿Tener hijos?

Tienes treinta y tres años, los problemas se están volviendo más duros y urgentes, toleran peor esta clase de experimentos lúdicos. Lo que te propones es una imprudencia. Si abres la puerta y te arrojas a la intemperie, ¿dónde vas a caer?

Con franqueza, Clara, a menos que estés ocultando con todo este asunto de la fuga y las maletas una crisis más seria, Joan-Marc no debería ocupar el papel desmesurado que le otorgas. Los maridos se burlan, se ignoran, se eluden, y tu casa es lo bastante grande para no tener que cruzaros más allá de lo imprescindible. Y como darte a estas alturas recomendaciones para gestionar las exigencias maritales me parecería presuntuoso, ya me callo.

Un beso,

*Álvaro*

Salí del ambulatorio de Sant Pau y me llevé la mano al bolsillo, me había dejado la llave en casa, junto al móvil. Rebusqué en el bolso y abrí y cerré varias veces el resto de cremalleras, sólo encontré, suelta, la del portal. Debí de salir más alterada de lo que creí. Por supuesto, no llevaba dinero, casi bendije a Joan-Marc por ofrecerse a recogerme. Las campanas me dieron una idea de la hora que era, de cómo nos había entretenido el médico de urgencias, de cuánto hacía que Joan-Marc debería estar aquí, esperándome.

Había oscurecido y ni siquiera sabía si lo encontraría en casa. No me atrevía a parar un taxi. Llevaba una hora andando cuando a la altura de la Diagonal (desierta) las ráfagas de aire amenazaron con darle la vuelta a la tela del paraguas. Me dio por reír. En intervalos de unos cinco minutos cruzaban coches particulares en sentido contrario a mi marcha, en dirección al centro.

Supongo que me puse en lo peor y estuve cinco minutos llamando al interfono para que le diese tiempo de prepararse, empecé a impacientarme mientras se cerraba la puerta del ascensor.

Iba a dar la segunda vuelta a la llave, la puerta cedió antes, estaba en casa, sentí algo de alivio, me iba a escuchar, esta vez no iba a encontrar una excusa lo bastante buena.

Me encontré a Joan-Marc en el comedor, encaramado a la butaca (ningún ruido, llevaba allí arriba desde antes que entrase) con una bolsa llena de carne congelada sobre el lado izquierdo de la cara. Le busqué los pies con la mirada, un mordisco de alivio me confirmó que se había descalzado.

—No es tan extravagante como parece, Gato. No puedo sentarme. Me duele la espalda.

Ni siquiera se le ocurrió disculparse. Ni siquiera tenía presente de dónde venía yo, y menos todavía a lo que se había comprometido conmigo. Yo también me quité las botas, me dolían

los dedos del pie izquierdo, no vi que se abriese ninguna ranura para exponer mi disgusto, su relato pasaría por delante del mío como una exhalación, estaba furioso, iba a soltar los búfalos salvajes en nuestro comedor.

—Te lo advierto, Clara: no estoy para reproches. No me importa que Bodel sea el amigo del alma de tu hermano ni que la lengua se le sostenga atada al extremo de un palo que alguien le metió de niño por el culo. Se la jugó conmigo y perdió, eso es todo, resumen, final de la historia. No aceptaré atenuantes. Pisó donde no debía y recibió su merecido y punto. No hay nada más que hablar. Está todo dicho.

Cuando media hora después se avino a bajar de la butaca, se estiró boca abajo sobre una esterilla, y retiró la bolsa de la piel para enseñarme la herida me asusté.

—Un simple cabezazo. No me gusta pegar con los puños, si empujas el tabique hacia arriba puedes destrozar los nervios cerebrales, es un asco, sobre todo si te caen quince años. Le rompí la ceja con la cabeza, que escriba un poema con eso. ¿No dices que los escritores reconocen el lado interesante en cuanto lo ven? Pues que pruebe con mi *tuber frontales*. Entre tú y yo, Gato. ¿Qué clase de trabajo tiene? Dame ocho horas y me planto en el Pacífico, dentro de diez años nos insertarán chips en el cerebro para accionar con un movimiento del pensamiento el aire acondicionado treinta minutos antes de llegar a casa, y ese tío se dedica a las poesías. Gardenias, gaviotas, chopos. Platero es suave y redondo. En eso invierte la universidad mis impuestos. Suponiendo que un día diese con un lector suyo que no estuviese secuestrado por un lazo familiar me gustaría decirle que les engaña cuando les hace creer que es un alma delicada; a tu amigo Bodel se le pudre un escroto donde se supone que los ventrículos deberían sostenerle el corazón. «Escribe un poema con esto, *mister*», eso es lo que debí decirle, sí, eso fue lo que le dije.

Una hora después de que lo dejase solo en casa se hizo café y té, no terminaba de decidir qué tomar. Pensó en prepararse una copa y descubrió que le daba palo beber solo y que a esa hora el Loop estaría en plena ebullición. Hizo un par de llamadas, apagó su sesión en el ordenador, se vistió con unos tejanos y una camisa y se fue en taxi al Eixample. Desde el suelo Joan-Marc se

dio una pausa para respirar, iba para largo, así que me acomodé entre dos cojines manchados de café dispuesta a ver cómo continuaba la historieta que dejaría a mi marido de pie sobre los quejumbrosos muelles de la butaca.

—Para qué engañarte, la noche iba de miedo, fue llegar al Loop y que se terminaran las paranoias. Quedaban unos atontados cenando pero la mayoría bailaban suave y vaciaban copas. Te imaginé entrando con los tejanos y la camisa color sangre que te regalé y casi me enfado contigo por no estar allí. No vi a ningún conocido, así que busqué con el *bluetooth* del móvil y le mandé un toque a Izzy, le tengo aprecio, ya sabes lo bien que me cae, le dejo que me llame marqués si eso le divierte, no me hace ningún daño, no es ningún pipiolo, ha ido a los bares correctos, sabe de qué va la noche y tuvo el buen ojo de abrir un restaurante de calidad rodeado de pistas de baile. ¿No te hacen las uñas y te sirven sushi de fusión en la peluquería que han abierto dos calles atrás? La idea estaba en el aire, pero fue Izzy el que se mojó, el planeta es de los listos y no tengo nada en contra si beneficia a un hombre de talla. Cuando tratabas de convencerme de que fuéramos al Loop recitándome la tabla redonda de los esnobs, debiste empezar por Izzy, nos habríamos ahorrado dos meses de discusiones, es la pepita dorada del local; salió de la cocina para saludarme y no lo hizo por cortesía, no fue una pantomima, me invitó a una copa y le pagó otra a la uruguaya pasilarga, uno de esos cuadros a los que favorece mirar de lejos, se le fue la mano inyectándose el cóctel de vitaminas; olvídate del Facebook, Gato, si quieres un síntoma de la transformación de las costumbres sociales averigua cuándo se convirtió en un rasgo atractivo simular con ayuda de la química los efectos de una parálisis facial. Le envié un par de fotos nuestras de móvil a móvil para detener su avance y darle una oportunidad a Izzy. No es sólo lo mucho que te quiero, ya estuve casado con una americana salvaje y la próxima vez que me divorcie espero pasar por el juzgado antes que por la comisaría. Así que hablamos de caballos, la uruguaya me contó que había montado purasangres, pero se veía de lejos que por mucho campo que tengan ahí abajo sólo se había subido a la grupa de un cuarto de milla. Lo creas o no esta vez no dediqué más de cinco minutos a resumir mis hazañas como maestro del

*backhand*, estaba concentrado en poner a Izzy al día de las ventajas de una buena alimentación macrobiótica.

Me cubrí los labios y tuve que recurrir a mis genes más severos para contener el brote de risa que me ardía en el estómago. Conocía demasiado bien a Joan-Marc cuando se decide a cambiar la perspectiva de sus amigos con ideas que leyó la tarde anterior, por encima, en una revista divulgativa, como si de ello dependiese la supervivencia de un porcentaje intimidatorio de la humanidad. Podía imaginarlo gesticulando, metido en su papel de predicador y necesité otro esfuerzo para no dejarme vencer por el lado cómico de su vehemencia. No quería ceder tan pronto.

—Relaja esa cara, no soporto ver esos ojitos trabajando encima de mí en busca de defectos, cuando termine de hablar podrás formarte una opinión ecuánime. Ahora me ves como un agresor y ésa es una idea terrible que lo distorsiona todo y si piensas que apabullé a Izzy también te equivocas. ¿No me dedico a vender? Conozco a la gente, estoy en vanguardia de la psicología aplicada. A un tío como Izzy no puedes irle con los sufrimientos de los animales, el truco es ser gradual, ésa es la palabra clave, hay que dejar la lección ética para cuando le hayas metido por la oreja los beneficios materiales. A un buen fisonomista no se le escapa que Izzy es la clase de hombre al que si le sirves de cena una zanahoria al vapor se acostará llorando, así que di el golpe maestro en el momento preciso: nadie pasa hambre en los restaurantes vegetarianos, la comida sale por las orejas, lo de las raciones ínfimas y las lechugas ateridas es un efecto de la propaganda enemiga. Lo tenía ya blandito cuando me rebasó el camarero con el cuerpo del crimen. No vayas a creer que era sólo carne, he masticado suficientes cadáveres durante demasiados años para pretender que mi conversión arrastre a la humanidad en bloque, acepto convivir con los rezagados. En la bandeja flotaba un cangrejo vivo hirviéndose en caldo, un pobre bicho con su sistema nervioso al rojo y al que habían resquebrajado la coraza de las patas para que el jugo penetrase bien en la carne. Y adivina quiénes estaban allí sentados: tu con cuñado, ese Diego Comosellame, y delante de él, mojando pan tostado en una salsa pornográfica, la Tarántula del Ensanche, el sacerdote del parea-do, suave, esponjoso, Bodel.

Casi oí la música presagiando el susto inminente y traté de llevarme las manos a los ojos, sabía que no iba a frenarlo así, fuese lo que fuese, ya había ocurrido.

—No fue un acto impulsivo, sé que tu poeta va por ahí hablando de mí, sé en qué ciudad vivo, una comunidad sin peso real que se desvive por los aderezos picantes del quién se acuesta con quién, por añadir algo de sarna a las fotografías de los vecinos. Todo quisque se echa sus horitas en despachos y oficinas, pero es sólo un interludio de la actividad propiamente dicha, la amalgama de copas, idioteces, actos culturales, transacciones, apuestas, drogas, sadomasoquismo chic y apologías de la bisexualidad liberal. Ahí tienes el secreto de Barcelona, es tan medularmente hortera y provinciana y el clima tan suave que todos esos turistas maquillados de salmón vienen y vuelven convencidos de que les escamoteamos algo.

—Joan-Marc, te hablo en serio, céntrate, quiero saber lo que pasó en esa mesa. Una gracia más y me pondré a llorar.

—Yo también hablo en serio, nunca hago otra cosa y nunca lo hago más a conciencia que cuando te repito que debimos quedarnos en Londres...

—Joan, por favor.

—Me acerqué. Cogí una copa y la estrellé contra su cangrejo. Es una sensación tan beneficiosa cuando la ira abandona el cuerpo por las manos... Le pedí que saliéramos fuera, no quería causarle problemas a Izzy. Le costó levantarse, no era sólo el alcohol, estaba asustado. Lo creas o no desprendía un olor metélico, en cuanto lo tuve a mi altura le descargué un cabezazo con el ojo, tiene los huesos duros.

—Es horrible. ¿Quién te crees que eres? ¿Jack LaMotta? ¿Tony Soprano? Va a ponerte una denuncia. Vives en un siglo pacífico, en una ciudad civilizada, no en un corral. ¿Y tu espalda?

—Un tirón. Demasiados años sin hacer ejercicio. Tengo que apuntarme a un gimnasio. ¿Sabes si tienen piscina en el DIR de ahí abajo?

—¿Servirá de algo que te recuerde que te comprometiste a venir a buscarme, que me lo prometiste?

Sí servirá que cuente la versión que Diego me dio cuando fui a verle para hablar sobre las posibilidades de incorporarme a la

plantilla del museo; tuve que insistir, le invité a café, sólo coincidía con Joan-Marc en el sitio y en la hora. Agradecí que empezase en un tono sobrio, supongo que la agüilla irónica en los ojos era irreprimible.

Diego se acomodó la corbata antes de asegurarme que le vio abrirse paso por la pista en dirección a ellos, con el estilo y en ese estado en el que cree que no se le nota nada. Cuando empezó a gritar —y se refirió a «él» con una expresión que me incluía a mí— Diego le pidió que se sentase con ellos.

Joan-Marc miró las ostras y las añadió a los crímenes de mis amigos, dos personas que lo toleran y que procuran llevarse bien con él.

—Sorbemocos.

Y sonó con el tono de chiste nervioso que los borrachos emplean cuando están a punto de canalizar su agresividad.

—Bodel no pasa por un buen momento, Clara. Lo están investigando, salió del despacho de sus abogados convencido de que esta vez el asunto va en serio y mal, al llegar a la altura del Loop le vinieron ganas de sorber ostras vivas con vino blanco y me telefoneó. Sin esa presión no lo imagino diciéndole a Joan-Marc que cerrase la boca, que intentábamos tener una conversación civilizada y que no se admitían camorristas.

Joan-Marc levantó el brazo lo suficiente para que lo pudiesen acusar de intento de homicidio, Bodel le agarró de la muñeca y se la retorció hasta que abrió los dedos y luego lo derribó de un cabezazo.

—Dado el estado de ambos supongo que es una suerte que nadie saliese herido. Más herido.

Lo que Diego quería decir es que Bodel se las había arreglado bien en un barrio diez veces más peligroso que la peor calle por la que Joan-Marc hubiese circulado. Para mi marido terminar una fiesta a puñetazos escoltado por media docena de sicarios vocacionales no era más arriesgado que practicar parapente, una estrategia para que la adrenalina siguiese fluyendo pasadas las tres de la madrugada.

—Sal de aquí, Joan-Marc. Eres demasiado mayor para esto.

Izzy y Diego lo recogieron del suelo mientras Bodel —suéter negro de cuello vuelto y la cabeza afeitada— volvió a acomodarse

se en la silla y de un sorbo vació el contenido oleaginoso de una de las valvas.

En la cocina comprobaron que ya se encontraba mejor. Dos metros de hombre con la cara empapada de su propia sangre, incapaz de cerrar la boca.

—Contigo no tengo nada, Dieguito. Un poquito finolis, pero con encanto, lo que cuando yo era más joven se llamaba un muchacho sensible, podrías llegar lejos si eligieses mejores compañías, sé de lo que me hablo, en Londres representaba artistas, ¿eso no te lo ha contado Clara? Espero que sepas apreciar una buena actuación cuando la ves. Menudo susto le hemos metido al calvo en el cuerpo.

Cuando lo encontré aupado en la butaca su encanto defensivo se había diluido en un molde compacto de ira.

—Espero que mañana le telefonees y arregles...

—No pienso disculparme, Gato, no sé en qué clase de escuela te educaron, pero de donde vengo es mejor presentarse a los carceros con el pantalón de boxear. Son los pretenciosos, los mamones y los soplapollas los que tienen que disculparse.

Hablar conmigo le sentaba bien, el temperamento burlón empezaba a recuperar el control.

—Haré algo más útil, anótame en un papel el título de alguno de los libros de *Undertaker*, iré a comprarlo mañana, tendría que haberle pedido una tarjeta, con eso bastaba para escarmentarlo. Según tú no me dio motivos, vives irreflexivamente, Gato, adocenada, ahí fuera encierran a los pollos en jaulas tan pequeñas que les deforman los cartílagos, el pienso se lo enchufan directo al estómago con sondas gruesas como una manguera, a presión, a la mayoría les estalla la aorta.

—Tenemos esos libros. En la estantería blanca, al fondo del pasillo, los ordené alfabéticamente.

—¿Quieres decir que dormimos con ellos? ¿Que he estado acostado con un pedacito de su cabeza encuadernado? Si no fueses tan despistada lo consideraría alta traición. Mañana me pondré con ellos, es imposible que sean más engolados que los de Alvarito, el Maestro Egiptólogo. Además, los poemas son más breves, incluso podré releer alguno. ¿No me notas un poco nervioso? No sé si puedo esperar a mañana, la ignoran-

cia me reconcome. Por caridad, ¿te sabes algún pasaje de memoria?

—Joan, basta, estoy agotada, vamos a la cama.

—Son casi las cuatro. Si logro perder la conciencia el despertador me meterá mano en plena fase REM y pasaré el resto del día en un barreño de plomo. No puedo vender un piso si estoy pastoso. Mejor me las arreglo como sea estas tres o cuatro horas, me pego una ducha fuerte y salgo a la llanura a buscar mi bison-te del día. Un comprador puede disculparle a su agente que les atienda sin dormir, irse de cenorrio entre semana te contagia de prestigio nocturno, pero a nadie le apetece alquilarle un piso a un atontado. Los García se mostraron interesados en el palacete de Casp, la señora se hace la remolona, pero lo lleva claro si piensa que me confunde, se estremece cada vez que su cabecita imagina a su García incrustado en el Quadrat D'Or. Todos esos Pérez, Gómez, García, Fernández, Rodríguez y González, ¿qué se aplican para vivir con unos apellidos tan estimulantes? Te confieso que te mentí cuando te dije que esta clase de cosas no me importaban. Lo que me resbala es qué partido gobierna, uno te mete la mano en el bolsillo y el otro pretende legislar sobre mi bragueta, pero siento predilección... Montsalvatges... Decididamente me casé hechizado por tu apellido.

—Estás desvariando. Si quieres podemos hacer algo juntos.

—¿Es una proposición carnal? Mediste mal casándote con un hombre diez años mayor, eres insaciable y a los maridos responsables no se les puede pedir que sean cada noche unos golfos en la cama. Hay que reservar el toque. Mi padre, en una época en que ser marqués no proyectaba una sombra cómica, me aseguró que cuando fallan la cabeza y el corazón el pito es el único órgano con autoridad suficiente para mantener algo de orden en el matrimonio. Seamos sensatos, la tarde ha sido movida para los dos, dejé descargando un juego de estrategia, escoges una civilización prehistórica y la diriges hasta que colonizan la Luna, si no te aplastan los vecinos, ya sabes, semitas, latinos, gente brusca, justamente olvidada. He pensado que si logro encajar la pantalla del Mac en la estantería podré jugar de pie, adiós dolor de espalda. En cuanto compruebe cómo suena apagaré el volumen para que puedas dormir.

—No tengo sueño.

—No volvamos ahora al juego de los insomnios. Es agua pasada. Tienes que forzarte un poco. Meterte en la cama. Piensa en algo divertido. Recuerdos de un viaje, por ejemplo. Ponte a leer, pero no escribas, te llena la cabeza de energía negativa, si quieres seguir con eso de la novela, y sabes que te apoyo, hazlo en un ambiente menos lúgubre, con luz natural. Tú quieres ser famosa, ¿no?, pues entévístate para dormir, pregunta y responde, a mí me viene así el sueño.

—Eso no lo sabía. ¿Y qué te preguntas?

—Sobre cuánto tiempo más resistiré ver esos pies tuyos sin besarlos. Vale, ya sé que tu insomnio es cosa seria... les hago preguntas a los aspectos de mi personalidad que aborté para dedicarme a convertirme y ejercer de marido ejemplar.

—¿No te arrepientes? ¿Nunca te arrepientes?

—Mi yo directivo de la Federación de Hípica, mi yo fundador de una secta, mi yo policía montada del Canadá presentan algunas noches de verano impresos de reclamación bien cumplimentados que el centro rector desestima sin pestañear. ¿Cómo estaba Gabriel?

—Mal. No es un ataque masivo, responde más bien a lo que llaman complicación, y la complicación le ha disuelto la personalidad como arenilla.

—¿Te reconoció?

—No. No conoce a nadie.

—Mal rollo. Mi tía tenía una amiga a la que le vino una demencia de esas. En dos años estaba como un limón. Levantabas la mano y no comprendía que era un saludo. Si le regalabas un libro o unos pendientes no comprendía lo que estabas haciendo, se le escapaba el concepto de regalar. Ahora ya no tienes motivos para estar de morros con él.

—No es una demencia y no estoy enfadada con él, es distinto...

—Corta, Gato. Llevas dos años sin hablarte con un anciano, pero no estáis enfadados, es algo más sutil, complejo, tan singular que ni siquiera le han dado un nombre y que por descontado tu marido no puede comprender. ¿Cuándo empezaste a consi-

derarme miembro numerario de una especie inferior? En Londres no pensabas así...

—No tengo fuerzas para discutir, de verdad. Vete tranquilo con ese juego, te esperan los hititas. Me pondré una serie.

—Sílbame si me necesitas. Una cosa más. No preguntaste, pero hice algo a cambio de no venir a buscarte. Tienes un esplendoroso pato con piña en la nevera, el bicho está criado en condiciones de libertad y le han rebañado el pescuezo al llegar a una edad prolecta. Bajo la piel crujiente se ha estado dos horas hirviendo a fuego lento con un caldo ligero y media botella de Barbier. El café debe de haberse enfriado. ¿No dices nada?

—Gracias.

Me quedé sola en el sofá, en un acto reflejo levanté y dejé caer el brazo sobre la mesita auxiliar esperando atrapar el mando del televisor; me quedé a dos centímetros de hundir la mano de lleno en la masa sanguinolenta de carne picada y hielo, supongo que a eso se le llama estar de suerte.